

Ramón Pérez de Ayala

La crisis europea

LA NACION EN ARMAS

Especial para «Atenea»

I



NO hay hipérbole en aseverar que Europa se halla en un período de transformación, el más agudo que recuerda la historia. Este aserto no proviene de una aprensión subjetiva. El individuo, o sujeto, tiende, por gravitación de la propia naturaleza humana, a someter y forzar la existencia del universo, presente, pasada y futura, dentro de la estrecha medida y angosto horizonte de su persona y vida efímeras. Protágoras, el sofista y escéptico helénico, mantenía que «el hombre es la medida de todas las cosas». Por hombre, él entendía cada hombre en singular. El hombre, en efecto, propende a considerar que no hay otra historia, tan henchida y tensa como la historia contemporánea suya; que los tiempos que corren son el culmen y pleamar en el flu-

jo de los acontecimientos; y que su juventud y manera coinciden simultáneamente con la plenitud de los tiempos. De aquí, los «laudatores temporis acti»; aquellos que suspiran, «cualquier tiempo pasado fué mejor». Estos tales no se refieren al antaño remoto, previo a la fecha en que ellos vinieron al mundo, sino que aluden al pasado como su juventud pasada. Para ellos toda la historia se concentra y agota en su experiencia individual. Es ésta, en cierto modo, una actitud femenina ante la vida. Cualquiera convence a una mujer de que, cuando ella estaba floreciente, entre los quince y los treinta, el mundo no era más fresco y hermoso, las modas más distinguidas y de mejor gusto, las noches más estrelladas y poéticas, el sol más radiante, el agua más húmeda y los hombres infinitamente más corteses y mejor educados. Las primeras líneas de «La historia de la guerra del Peloponeso», por Tucídides, dicen así: «Tucídides, ateniense, escribió esta historia en la certidumbre, ya desde el principio, de que tal contienda iba a ser una gran guerra y más digna de relatarse que ninguna otra». Tucídides estaba en lo cierto. Su historia se puede leer hoy en día como historia contemporánea. Cuando menos, su lectura y reflexión proporcionan insuperable valimiento para la mejor inteligencia de la historia flúida, dinámica y vertiginosa, de los tiempos que corremos. En cada época crítica de la historia, los protagonistas, los coros, los principios o cantinelas en que se inspiran, y los hechos que llevan a cabo, son siempre nuevos, si no distintos. Las inti-

mas leyes fatales de la historia son idénticas, en todo caso.

Pero no se trata de ésto, sino de que Europa, evidentemente, se halla en su período más agudo de transformación. El grado de energía y el volumen de las masas que actúan y fluctúan en esta transformación, ya combinándose, ya contraponiéndose, exceden en proporción formidable a cuanto en el pretérito se haya podido conocer o presumir. La esencia del litigio, por otra parte, así como la distribución y ambigüedad estratégicas de las tendencias adversas, son, sin comparación, mucho más complicadas e implicadas que en ningún otro conflicto continental antecedente. Se avicina el ápice de la crisis; la cumbre, como en el puesto y tránsito de una cordillera, desde donde podemos columbrar en perspectiva, aunque vagamente, la opuesta vertiente y la era venidera del declive; de la propia suerte que, retrayendo la mirada hacia la retrospectiva, echamos de ver la acerba ladera ascendente, superada ya.

El desarrollo de un período de transformación histórica trasciende largamente las dimensiones extremas de la más longeva vida individual. Este mismo período actual, a punto de consumación, ha sido vivido, con antelación y en rudimento, por otras cuatro o cinco generaciones europeas, cuando menos. Ha sido vivido, como Monsieur de Jourdan, hablada en prosa sin saberlo. Homero comparó las generaciones de los hombres con las hojas anuales de los árboles. Brotan, ver-

decen, se agostan, caen y pasan, sin saber por qué ni para qué. Las generaciones de los hombres, así mismo, no saben a donde van ni de donde vienen. El período actual de transformación europea se inicia, en puridad, con la revolución francesa y las guerras napoleónicas. La revolución francesa (a parte de una porción de monsergas doctrinales, cabalmente deterioradas ya y perfectamente sobreeséidas, hasta en la propia Francia) produjo un fenómeno insólito, inédito hasta entonces, tremendo, y ya de carácter permanente, desde entonces; la nación en armas, o ejército del pueblo. Hasta entonces, existían sólo los ejércitos profesionales, al servicio personal de un rey. El ejército se definió como «ultima ratio regum», el argumento postrero de los monarcas. Los ejércitos prerrevolucionarios eran, en todas las naciones, levás voluntarias y mercenarias. Había un cantarillo popular, en la época de mayor esplendor militar español, la de los primeros Austrias, que declaraba:

A la guerra me lleva
mi necesidad.
Si tuviera dinero,
no fuera, en verdad.

En Inglaterra, también, existía un ejército de este tipo y especie, no inferior a los continentales. En Inglaterra, el ejército sigue siendo voluntario; en tanto, en los demás poderes continentales, fué, después de la

gran revolución francesa, universal y obligatorio. Los ejércitos profesionales del antiguo regimen solían ser descontentadizos y propendían a la indisciplina interior, como toda institución que obedece al toma y daca por razón económica; sea un sindicato obrero o ya un acontecimiento militar a la antigua. Las huelgas pasivas y turbulentas asonadas de los ejércitos profesionales de antaño obedecían indefectiblemente a los retrasos en la paga de la soldada. «Sueldo, soldada y salario»; éstas tres voces quieren decir etimológicamente la retribución que se le pagaba, en especie o en numerario, al soldado voluntario y profesional. Cuando el Estado andaba penurioso y exhausto de caudales, lo más expeditivo, a fin de satisfacer las «razonables» y airadas demandas del ejército, consistía en consentirle una incursión fronteriza. De aquí, el modismo castrense: «vivir como sobre país conquistado», y la práctica universal de botín; que siempre se ha reputado legítima, aunque entre las naciones cultas modernas el botín no le es lícito, aparentemente, al soldado individual, sino que es derecho exclusivo del Estado vencedor y se consagra, con toda solemnidad sigilaria y formalista, en los tratados de paz, los cuales, a pesar de tantos experimentos negativos, el candor inextinguible de los gobernantes pretende que están agraciados de cierta mística y perpetua invulnerabilidad, de origen divino, como elaboradas por ellos. Repito, volviendo a punto concreto, que la indisciplina del antiguo ejército profesional era interior y casi doméstica, del soldado de

filas contra el general y pagador, de quien recibía la paga; indisciplina codiciosa, o más bien exigencia, semejantes a las del obrero contra el patrono. Pero jamás indisciplina, ni menos agresión, contra el orden social establecido. La fuerza agresiva se ejercitaba únicamente contra las gentes extrañas y sus posesiones; de nación a nación. Ni tampoco el poder de ejército profesional se acostumbraba emplear en funciones de policía, de fronteras adentro, con miras políticas de partido, (verdad que no había otra política ni partido que los del soberano), ni para la opresión del pueblo. A nada de esto se hubiera avenido el ejército profesional; primero, por orgullo de casta; y segundo, porque estando reclutado libre y espontáneamente del pueblo mismo, se sentía guardián del pueblo. La primera manifestación práctica e incontestable del generoso lema abstracto de la revolución francesa: «libertad, igualdad, fraternidad», fué la instauración de la nación en armas y ejército del pueblo, con la tríplice consecuencia inevitable de que la libertad individual hubo de traducirse en servicio militar obligatorio; la igualdad, en férrea disciplina interior del ejército; la fraternidad, en extracción y diferenciación, desde el mismo pueblo, de un instrumento colosal y omnipotente de dominio, sobre el pueblo mismo, como anteriormente no se pudiera sospechar. Los liberales de tipo arcaizante, como lo son casi todos en Europa, al echarles en cara a los estados totalitarios su completa militarización nacional, olvidan que se trata de una innovación de la democracia revoluciona-

ria. Y viceversa, los estados totalitarios, al menospreciar a las democracias revolucionarias, fingen ignorar que están imitándolas a este respecto, si bien con superior eficacia y mejor sentido del futuro.

He mencionado a los liberales de tipo arcaizante. Quiero hacer constar que exceptúo a los ingleses. En Inglaterra no se ha adoptado aún el sistema básico de la nación en armas y ejército del pueblo. Mañana, Dios dirá. Pero, si así fuese, me atrevo a asegurar que no será fundándose en fútiles motivaciones liberales, sino en necesidades vitales y sometiéndose a la razón incontrastable de la evolución de los tiempos. Esta vieja persuasión mía la he visto después confirmada en Guillermo Ferrero y en Keiserling. El primero de ellos escribe: en Inglaterra ha subsistido el orden prerrevolucionario del siglo XVIII, en tanto sobre el continente caía en decadencia. En Inglaterra, todavía durante el XIX, las guerras siguieron siendo como en los dos siglos precedentes; ésto es, una actividad que concernía sólo al Estado, pero no al pueblo. La clave secreta que descubre el misterio de toda la historia inglesa, por una parte, y la de los pueblos continentales, por la otra, se llama servicio universal obligatorio. Sin embargo, tocante a eso del orden prerrevolucionario británico del siglo XVIII, es menester señalar que antes de esa fecha, Inglaterra, anticipándose a las demás naciones, había realizado ya una doble y definitiva revolución. Y ocurre con la revolución como con la pubertad que un simple organismo no es susceptible

de atravesar repetidas veces esa crisis única de mutación e integración plenarias. Cuando oímos hablar de la segunda o la tercera revolución y de la contrarrevolución, o de la revolución en marcha, así como de la Constitución del año tal o del año cual, dentro de un mismo país, podemos estar convencidos que no se trata sino de una revolución o de una Constitución frustradas y artificiales.

LAS NACIONALIDADES

II

Así como el soldado, desde que existe recordación histórica hasta la revolución francesa, siempre había sido voluntario o mercenario (movido por estímulo ideal, patriótico y ciudadano; o por mero impulso de combatividad y dominio; o por el apetito adquisitivo y de lucro), en la marina de guerra, por lo contrario, el servidor fué siempre forzado; o sea, compelido por la fuerza. En la antigüedad, los servidores de la flota eran esclavos y prisioneros de guerra, aherrojados al duro banco de la birreme o trirreme, bajo el látigo del cómitre. Posteriormente, con las naciones cristianas, como con la potencia naval turca y barberisca del Mediterráneo, el torno y fuerza motriz de la armada marítima se componía de esclavos o convictos de crímenes comunes; «galeotes» o «forzados de galeras»; bien que por caso había algunos voluntarios, a quienes se

les denominó «buenaboyas», así como «bogavantes» a quienes remaban por condena. La razón estriba en que las batallas navales no eran sino batallas terrestres, pero a bordo, con estrategias y tácticas campales. Las naves se acoplaban y adherían, al abordaje, y ya de aquí en adelante se entablaba un combate, entre la infantería, y luego —cuando la hubo— la artillería, de marina, como para tomar por asalto una trinchera, reducto o fortaleza. Por que la fuerza militar de la marina consistía en el ejército de tierra que podía conducir sobre cubierta. Pero, la fuerza motriz de la armada no podía confiarse al viento, tanto a causa de su versatilidad y asistencia dudosa, como debido a la enorme pesadumbre de los bastimentos navales. La fuerza motriz residía en la impulsión exacerbada de los galeotes. De la energía de los remeros dependía que las naves se ensamblasen en un continuo campo de batalla flotante. La estrategia del que consideraba con fuerza militar inferior para arriesgarse a la batalla no podía ponerse en práctica, como en las contiendas de tierra firme, retirándose a mejor terreno, a no ser que se retirasen a nado, sino que había que retirar el terreno, o sea la nave, consigo, a lo largo de la dócil superficie del mar, y entonces, igual que en una regata, todo era cuestión de remo. La funesta ruta de la Armada Invencible se originó, señaladamente, de que los españoles juzgaron trasponer el Mar del Norte la estrategia clásica, tipo terrestre, de las batallas navales del Mediterráneo. Los ingleses, con embarcaciones ve-

leras, sobremanera ágiles y veloces, hostigaron a aquel incongruente y despacioso Leviatán en una guerra incesante de guerrilla, desmembrándolo de aquí y acullá, con que luego cada separada porción era presa fácil de destruir. De allí nace la moderna estrategia naval, perfeccionada más tarde con la invención de la máquina a vapor. He de añadir; como último toque, que la recluta de la marina de guerra británica siempre ha sido voluntaria. La ventaja, desde el punto de mira democrático de la política interior, de que la fuerza armada de un país sea marítima y no terrestre, salta a los ojos. La marina por necesidad física, no puede operar sino de fronteras afuera y no es factible que se la utilice, como por ejemplo un regimiento o una guarnición, al modo de instrumento político dentro del país. Por algo los dos únicos imperios naturales, de tipo democrático y marítimo (esto es, capitalista y comercial) que registra la historia son Atenas e Inglaterra.

La resolución y volviendo al punto de partida; se avecina en Europa la crisis de consumación, epílogo de un largo período transformador, que, en puridad, se inicia con la revolución francesa y las guerras napoleónicas. La revolución francesa produjo un fenómeno inédito y ya de carácter permanente; la nación en armas. Las guerras napoleónicas produjeron otro fenómeno, también inédito y no menos permanente; la conciencia de las nacionalidades. Antes de Napoleón y sus campañas, la nación era consustantiva con la mo-

narquía patrimonial. El suelo y el pueblo pertenecían a la herencia de una casa reinante y podían canjearse o fundirse por contratos (pactos, alianzas, tratados) o como dotes de enlaces matrimoniales. El pueblo no tenía voz ni voto, en estas enajenaciones y transferencias. Tal pueblo pertenecía ayer al rey de Francia, anteayer al de Inglaterra, y antianteayer al de España. Un Estado se componía, tal vez, de innumerables pueblos y naciones; por ejemplo, el Imperio Austriaco. Y viceversa, un pueblo y nación homogéneos se hallaban desmenuzados en numerosos estados; como por ejemplo, Alemania e Italia. Tanto la revolución francesa, con su espíritu de libertad del pueblo y de los pueblos, como Napoleón, por razones y con fines militares, tanto como políticos, incubaron, despertaron y diseminaron la conciencia de las nacionalidades, tal como hoy se siente y se entiende; unidad de territorio, de historia, de raza, de lengua y alma. En el siglo XIX se celebraron tres congresos, o conferencias, entre las grandes potencias históricas de Europa. El primero fué en 1815, como postdata y colofón de las guerras napoleónicas. Inglaterra, Francia, Prusia, Austria y Rusia se pusieron de acuerdo tácitamente en hacerse la ilusión de que aquí no había pasado nada y que por ende era sumamente sencillo retornar al «status quo ante bellum», con ligerísimos retoques. A pesar de todo, no pudieron evitar confrontarse con el problema de ciertas nacionalidades, contumaces, aunque al parecer secundarias, como Suecia, Noruega, Holanda

y Bélgica, (Bélgica, que no existía desde el «Bello gallico», de César). En aquel momento, Italia estaba, por gala, partida en ocho pequeños estados, y Alemania en nada menos que treinta y ocho fragmentos soberanos, con gran contentamiento de las grandes potencias. En el congreso de París, de 1856, se entrometió y asentó ya, sobre el tapete, el embrollo de las nacionalidades balcánicas; Serbia, Valaquia, Moldavia etc., bajo el yugo otomano a la sazón. En el congreso de Berlín, de 1878, figuran Alemania e Italia, unificadas finalmente, en el conclave de las grandes potencias. En este congreso, Europa reconoce su «status», o categoría de naciones, a Serbia, Rumania, Montenegro y Bulgaria, y define ciertas garantías minoritarias para Macedonia, Albania y Armenia.

En la Conferencia de Versalles, 1919, se quiso resolver de una vez para siempre, el problema de las nacionalidades. Pero una nacionalidad no es una pajarita de papel. No se hace y pliega con dedos extraños. Y así ha venido a parar en que el protocolo de Versalles, con todos sus anejos, está hecho trizas y yace en el cesto de los papeles inservibles.

Nación en armas y conciencia de la nacionalidad son dos fenómenos, peculiares y únicos, de la Europa contemporánea, desconocidos en los pueblos del continente americano. Sin duda en América se ofrece la conciencia, y muy pura, de la nacionalidad; pero, no en el sentido que acabo de exponer, sino más bien como sentimiento de ciudadanía. La diferenciación de

raza y lengua son los coeficientes supremos de la nacionalidad a la europea, con su imperioso contenido moderno. Esa diferenciación irreconciliable está ausente en los pueblos de América, donde preponderan, en medida absorbente, dos razas y dos lenguas: la hispánica y la anglosajona.

Estos dos factores permanentes; nación en armas (por otro nombre, competencia de armamentos) y exigencia de nacionalidad (por otro nombre, revisión de fronteras), aunque los más notorios y que arrastran consigo, quizás, mejor conocido y más largo abolengo, no son, sin embargo, los únicos factores, ni los decisivos, en la intrincada e inquietante crisis europea, cuyo perentorio desenlace se avecina. Hay otros muchos factores, de capital importancia. Su estudio, o mejor descripción somera, será el tema de artículos venideros. Los europeos, ofuscados con la voluntariedad de sus apetencias y ambiciones—nación por nación—no perciben ni pueden echar de ver el conjunto o panorama total y acción recíproca de tantos y tan diversos factores, que ocasionalmente se atraen, o bien se repelen circunstancialmente. Cada nación, o cada ciudadano, no quiere tomar en cuenta a cada momento sino uno de los factores, el más próximo, o el que más claramente entiende, o el que le suscita simpatía ideológica o sentimental. Los árboles no les dejan ver el bosque. El mundo va un poco a ciegas; como siempre ha ido. Pero, «chi sará, sará»; y lo que ha de ser está

sonando ya sus pisadas en los umbrales del futuro cercano.

En cambio, los americanos, a distancia, contemplan la unidad prieta y como compacta del bosque europeo, pero no alcanzan a penetrar sus arcanas encrucijadas y recónditos escondrijos, en donde adversarios mortales se espían, retruyen o acechan; ni aciertan a descifrar y localizar los gritos de angustia que, por dondequiera, emergen de la espesura penumbrosa. Estos artículos (digo, los que les sigan) tienen por propósito exponer ante la mirada de los lectores americanos la situación europea, lo más esquemáticamente posible, pero en toda su complejidad, como en una carta geográfica o mapa sinóptico.

No dudo que, si bien no padecen nuestros males ni les obstan nuestros problemas a los americanos no puede por menos de interesarle la política internacional y el porvenir de Europa. Interéseles o no, es cosa que los afecta vitalmente. Europa conserva todavía el monopolio creativo de las técnicas; no sólo las técnicas científica e industrial, sino artística, literaria, política, social, económica, financiera, militar... Civilización occidental es sinónimo de Europa. Todo lo que hay de eficiente en el mundo, salvo las fuerzas de la naturaleza, es de origen europeo. Europa sigue siendo la gallina de los huevos de oro. Si Europa pereciese, sabe Dios qué ola de barbarie concurriría en el resto del orbe.

Biarritz, noviembre de 1938.